

lió en pos de doña Anastasia y Socorro, á quienes alcanzó en la cancela.

IX

Después de la batalla.

El primer movimiento de Berta al quedarse sola, fué el de examinar el papel que Consuelo le había arrojado en la falda, y abrir el sobre con mano trémula, aunque sin saber apenas lo que hacía. Y ¿qué fué lo que vieron sus ojos nublados por la sorpresa y el dolor? La letra de Julio, la misma frecuencia de guiones y admiraciones usadas por él al fin de las cláusulas, y hasta el mismo papel y el mismo perfume preferidos por él en su correspondencia; y al través de una espesa neblina formada por la emoción y por su mortal angustia, leyó trabajosamente las siguientes líneas:

“Adorada Consuelo:

“No tienes motivo para estar celosa de tu ex-amiga Berta, pues sólo á tí te quiero. ¿Qué vale ella junto á tí? No te rebajas hasta el punto de compararte con ella”.....

Julio.”

No pudo leer más; sus ideas se confun-

dieron, nublósele la vista, acongojósele el alma y casi estalló su corazón. Vió á sus pies como un abismo muy negro y muy hondo. Julio, á quien había creído dechado de caballerosidad y bondad, la traicionaba, la vendía, la engañaba impiamente, sólo porque era infeliz y desamparada.... Presa de indignación y cólera, estrujó el papel con violencia, lo redujo á menudos fragmentos, y lo pisoteó con sus diminutos y airados piececitos. Su parte física, fina y delicada, respondió á aquel choque exterior con un tumulto profundo, intenso y súbito. Algo, no supo qué, subió á su cabeza de pronto, causándole vivo dolor: sintió martillazos en la frente y en las sienes; oía extraños ruidos interiores, como de choques metálicos y tañido de campanas; le pareció que una mano invisible la oprimía cruelmente la garganta, cortándole el resuello; é inmóvil y con los ojos secos, perdió la conciencia de dónde estaba.

Tan rápidos habían sido los sucesos, que la misma sor Ignacia, que volvió luego al recibidor, no se había dado cuenta de ellos; de suerte que al hallar á Berta tan descompuesta y con tan extraña expresión en el rostro, se alarmó profundamente, y más cuando notó que la pobre niña se ahogaba porque quería llorar y no podía. Aquella angustia sorda le causó espanto.

—¡Berta! ¡Berta! ¿qué tienes? le preguntó con blando acento maternal.

La joven no contestó de pronto, y continuó como abismada en una especie de delirio. Para sacarla de él, la sacudió la madre por los hombros, hasta que la obligó á recobrar la conciencia de sí misma. Mas ¿para qué? Sólo para que su dolor cambiase de forma y se resolviese en una tempestad de lágrimas y lamentos.

—Pero, por Dios, ¿Qué te pasa?, insistió sor Ignacia. ¿Qué ha sido esto? ¿Qué te ha hecho esa mala gente?

—Julio me engaña, sollozó Berta tembándole la barbilla como á un niño.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Cómo lo sabes?

—Ese papel, contestó la joven señalando los menudos fragmentos de la carta que tapizaban el suelo.

—Pero, objetó sor Ignacia, ¿no será alguna superchería de las “de” Dena?

—No, repuso Berta moviendo la cabeza con amargura; es cierto.

—¿Estás segura?

—Sí, repuso atragantándose con el llanto; lo estoy. . . . por desgracia.

En aquellos momentos, repasaba mentalmente los datos que tenía para admitir la veracidad del documento, y los hallaba incuestionables. Si hubiera conservado su sangre fría, habría podido, acaso, descubrir algunas diferencias entre la verdad y

la ficción de lo escrito; pero como estaba bajo el peso de una de esas impresiones que matan, y era tan inexperta como un niño, no se le ocurrió formular la menor objeción contra aquel hecho, ni aun sospechar que pudiese ser víctima de un engaño. Con todo eso había contado, y no en vano, la astuta Consuelo, pues la misma religiosa, aunque sagaz y desconfiada, había desechado toda idea de recelo, al ver la firmeza con que la joven aseguraba la autenticidad de la carta. ¿Quién mejor que la misma interesada, podía conocer la verdad ó la mentira del manuscrito? Además, y sobre todo, era el trastorno físico de la joven á tal punto intenso, que sor Ignacia no pensó más que en ver cómo podía sacarla de estado tan alarmante.

Aquel alevé desenlace era muy natural, á juicio de Berta, y cuadraba perfectamente con lo que ella y hasta sor Ignacia habían pensado siempre, pues ambas habían temido constantemente que Grimm no fuese leal ni sincero. ¿No era él hombre de posición? ¿No era ella una pobre expósita? ¿No era inverosímil, por lo mismo, que Julio pensase de veras en tomarla por esposa? Hasta en sus momentos más dichosos, una voz secreta le había aconsejado no entregarse por completo á aquella ilusión, sino desconfiar siempre y estar dispuesta para lo peor; y por más que ha-

bía luchado por alejar del pensamiento la duda, aquella sombra había continuado acibarando los días más brillantes y los goces más puros de su existencia. En el cielo de su dicha, había columbrado constantemente, allá, muy lejos, un puntito negro que había echado á perder sus alegrías y su reposo; y se había dicho sin cesar, que aquella mancha oscura y porfiada que tenía ante los ojos, era el nido de una tempestad, que un día ú otro acabaría por estallar sobre su cabeza.

—Supongamos, observó sor Ignacia, que tanta maldad sea cierta. No te ahogues en poca agua; eres joven, Dios te ha dotado de buenas cualidades y no sabes lo que el porvenir te reserva.

—No, no, protestó la joven.

—¿Puedes asegurar que tu suerte no haya de cambiar algún día?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

La única contestación de Berta á estas palabras, fué un acrecentamiento de lágrimas, cuyo sentido íntimo era el siguiente:

—“Lo sé porque el golpe que recibí me ha partido el corazón. Había puesto en ese hombre toda mi fe, toda mi ternura, toda mi esperanza, y ahora, al ver su falsía, no queda en el fondo de mi ser ni un solo rayo de luz para alumbrar mi camino. No quiero ser dichosa sin ese ser á quien había entregado mi alma, y ador-

nado con los tesoros de mi fantasía. Tuvo para mí no sé qué poder misterioso, que sólo Dios pudo haberle comunicado; se apoderó de mis facultades y potencias, y me hizo vivir de su palabra, de su cariño, de la mirada de sus ojos; y ahora que todo me falta, y se desvanece esa visión que iba delante de mis pasos como una estrella, siento que se me escapa la vida, y no tengo, ni quiero tener fuerzas para volver á creer, ni esperar; para amar ni para ser amada.

—Así lo juzgas ahora, continuó la religiosa, que penetró su pensamiento, acariciando la cabeza de Berta y reteniéndola estrechada sobre su seno; pero cuando pase la impresión penosa de estos momentos, todo lo verás diferente.

—¡Nó, nó!

—Los destinos humanos están en manos de Dios, y nadie conoce sus secretos.

Berta, incapaz de negar esa verdad, sólo contestó con silencio y lloro.

—No digo tú, que comienzas la vida, y tienes tantos motivos para esperar, sino otras más infelices que tú, han podido comprobarlo. La criatura nada sabe, y no puede afirmara nada de sí misma para lo futuro. . . . Ahora lo que importa es que te conformes con la voluntad de Dios, y manifiestes con tu fortaleza, que crees en El y en su justicia. Es una prueba que El te manda, y á la cual debes sujetarte. ¿Sa-

bemos por qué te la envía? No, ni lo necesitamos; lo que importa es que te penetres de que Dios es quien lo ha dispuesto, y de que los cristianos debemos bendecir su nombre, aun en medio de la tribulación.

Hubo un prolongado silencio sólo interrumpido por el llanto de Berta. La madre continuó:

—No te digo que no llores, el llanto es natural al ser humano, y lo arrancan las penas á los ojos más secos; pero no llores con demasiada amargura ni des cabida en tu aflicción á sentimientos malos. No pierdas el fruto de tu dolor: sé grande y noble aun en él, para que Dios, que ve tu sumisión, te lo premie. Los cristianos tenemos grandes recursos para nuestro consuelo en nuestras mismas creencias. Los que sufren están en manos del Omnipotente, como el oro en el crisol, para purificarse de toda impureza. Las almas mejores son las que más han sufrido, porque el dolor sobrellevado con mansedumbre, ennoblece el espíritu, lo eleva á Dios y hace aparecer en el ser humano, grandezas misteriosas.

—Yo.... me.... conformo.... con.... lo.... que.... Dios.... dispone.... ¡Bendito.... sea!...., murmuró con acento desgarrador la pobre niña, prorrumpiendo en gemidos lastimeros.

—El te bendiga, repuso sór Ignacia en-

ternecida y tornádo á abrazarla cariñosamente. Y mejilla con mejilla, lloró también á su vez, empapando con llanto propio y ajeno las alas de su blanca corneta.

Así pasó aquella tarde, sin hacer Berta más que llorar y contestar con monosílabos ó movimientos de cabeza á cuanto se le decía. La madre la condujo á un cuartito apartado, donde solía retirarse á orar, para evitar que se supiese en el Hospicio lo que acababa de suceder, y se hiciesen comentarios. ¿Y á quién llevar cerca de Berta para que la consolase, mejor que á Virginia, que la quería tanto y era tan querida por ella? Hizo, pues, disponer dos lechos en aquel lugar, para que de ahí no saliesen las dos huérfanas, y encomenló á la ciega el cuidado de su amiga, durante la crisis dolorosa.

—Virgen, Virgen, exclamó Berta echándose en brazos de su amiga, apenas se quedaron solas. ¡Cuán desgraciada soy! ¡Quién fuera como tú! ¡Nunca le hubiera conocido! ¡Todo lo malo entra por los ojos! De muchos males te libertas con no ver: da gracias á Dios porque te hizo ciega. Y besándole las mejillas, se echó á llorar en su seno.

Virginia correspondió con efusión á las caricias de su amiga, preguntándole con tierna solicitud mil detalles y circunstancias sobre cuanto acababa de pasar; y

Berta, con palabras entrecortadas y profundos sollozos, le refirió pormenorizadamente los acontecimientos, despertando en el corazón de Virginia vehementísima indignación y tierna simpatía, cuyas patéticas manifestaciones produjeron nuevo desbordamiento de llanto en los ojos de Berta.

—En el mejor paño ha de caer la mancha, murmuró la ciega. ¡Tú sufrir tanto, cuando nadie como tú merece ser dichosa!

Dejemos á las dos jóvenes entregadas á sus confidencias, quejándose la una, consolando la otra, y ambas abismadas ante el espectáculo de la maldad humana, medrosas ante las asechanzas de la vida y volviendo á Dios el corazón, como á la única fuente de verdad y consuelo. Así las sorprendió la luz del día, sin que hubiesen dormido un instante, después de haber llorado toda la noche, y sólo interrumpidas de cuando en cuando por la aparición de sor Ignacia, quien solía acudir á informarse de su estado y á suavizar con frases atinadas y cariñosas, el dolor de aquellas horas sombrías.

Llegada la mañana, dió traza sor Ignacia de arreglarse de cuentas con Paulina. ¡Cuán diferente era ésta de la dulce y pasiva Berta! Alegre, frívola y sin escrúpulos, triunfaba de todo, y se erguía sobre un grupo de admiradores, de quie-

nes se burlaba y á quienes no daba el corazón; mientras la otra, buena, sencilla y tímida, se entregaba cándida y sinceramente á un solo afecto, y era traicionada por el único hombre á quien había amado. El contraste irritó á sor Ignacia, quien fué muy severa con Paulina en la conferencia que con ella tuvo, riñéndola por sus ligerezas con Gustavo y por su atroz comportamiento con las "de" Dena. Pero ésta, alentada y sobreexcitada por los éxitos alcanzados, en vez de acoger humildemente las palabras de la religiosa, se encaró con ella, la trató de igual á igual, y le volvió palabra por palabra y dureza por dureza. La escena fué á tal punto molesta y desagradable, que la superiora tuvo que apelar á algunas medicinas para tranquilizar los nervios y poner en equilibrio los jugos digestivos del estómago, que habían tocado á rebato con ocasión del disgusto, y lo peor de todo fué que no logró, al fin, averiguar si había sido cierta ó no la escena del ciprés, pues Paulina la negó ferozmente, con obstinación y á pie juntillas. A buena cuenta, no obstante, y por si lo fuese (pues muy capaz juzgaba á la joven de lanzarse á aquellos extremos), afeó con violencia sor Ignacia tan descocada conducta, pintando con vivos colores el descrédito en que caía toda joven honesta que se abandonaba á actos poco deco-

rosos é incompatibles con la buena educación y la compostura propias de su estado; mas el único fruto que cosechó de la reprimenda, fué que Paulina, enfadada de tan largo sermón, acabase por exclamar:

—Estoy aburrida, señora, de tantas repreciones como de usted y de las otras hermanas recibo: soy la más regañada y maltratada de todas las asiladas. Comprendo que están ustedes enfadadas de mí, pues nunca les falta pretexto para molestarme, unas veces porque hago y otras porque no hago las cosas. Pero si lo están ustedes de mí, yo también lo estoy de ustedes; de suerte que nada nos quedamos á deber. Por fortuna, durará poco esta situación, porque saldré del Hospicio como quiera que sea, y lo más pronto posible.

Y cara tan mala y gesto tan agrio puso al decirlo, que la superiora, temerosa de que las cosas tomasen un giro escandaloso, tuvo por conveniente cortar la discusión y alejarse del sitio, dejando á la joven rebelde los honores de la batalla. Paulina, pues, triunfante en toda la línea, durmió á pierna suelta aquella noche, y el lunes de Pascua, á la madrugada, se levantó tan fresca y sonrosada, como flor acabada de abrirse. Púsose en pie temprano, con el objeto de arreglar sus propios asuntos antes de que comenzase el

barullo de la casa; así, pues, para aprovechar bien el tiempo, escribió de carrera dos cartas, una para Schultze y otra para doña Anastasia; una y otra destinadas á romper toda liga con el pasado, y quedar libre y suelta para lo porvenir.

Al primero decía:

“Gustavo:

“Las relaciones que hemos tenido, han sido una locura, porque usted y yo somos tan pobres como el Niño Dios. Dimos vuelo á la simpatía haciendo tonterías propias de chicuelos; pero basta de eso, y es tiempo de pensar en cosas serias. Voy á casarme con la persona que me conviene, porque siendo huérfana y no teniendo quién me proteja, debo velar por mi propia suerte. Adiós para siempre y olvideme.—PAULINA.”

A doña Anastasia le hablaba así:

“Noble” señora:

“Envío á usted con el portador cartas y obsequios, estorbos de su hijo, que no quiero tener en mi poder. Dígame usted que le agradeceré no me siga fastidiando con sus pretensiones, pues no le quiero y me hará un gran favor si me deja en paz. Ojalá logre casarse con alguna princesa.

PAULINA.”

No faltaron conductos á la joven para enviar papeles y emblecos á sus sendos destinos, pues son admirables los medios de que disponen las doncellas reclusas para sus correspondencias externas. El caso es que, sin que la superiora se enterase de nada, al sonar la hora del desayuno, habían quedado concluídas ya, del principio al fin, las combinaciones matutinas. Después de eso no había más que esperar tranquilamente, como lo hizo, la llegada del bueno de don Arcadio. Y es de creer que el vejete estuviese también como en ascuas por ver el desenlace de aquella peregrina y nunca bien ponderada aventura, puesto que, al sonar las once del día, se presentó en el recibidor haciendo salamas á sor Ignacia y á su pretendida.

—Queda probado que no soy flojo ni informal, dijo satisfecho al entrar en el aposento. Prometí venir á las once, y aquí estoy al sonar la hora. Conque ¿cuál es la última resolución de la huerfanita?

—Paulina resolverá lo que le parezca, saltó sor Ignacia, aunque no iba dirigida á ella la pregunta. En estas cosas no es á mí á quien corresponde decidir. Ni los mismos padres, según lo enseña el Catecismo, pueden dar estado á sus hijos contra su voluntad; mucho menos yo, que no soy madre de Paulina, sino una simple encargada de ella por exigencias de

las circunstancias; así que me lavo las manos en este negocio, y dejo á ella toda la responsabilidad de sus actos, sin que esto mismo signifique que los apruebo.

—Estamos arreglados, repuso gravemente don Arcadio.

—Ya lo sé, repuso Paulina con tono altanero; ya sé que sólo yo tengo el derecho de disponer de mí misma. Pues bien, señor, lo he pensado bien, y estoy resuelta á aceptar sus proposiciones.

Don Arcadio hizo un gesto intensísimo de sorpresa y alegría, dibujándose en su boca alargada hasta las orejas, una sonrisa de triunfo.

—Pero antes de comprometerme, necesito hacer una explicación é imponer algunas condiciones, prosiguió la joven. Si usted se conforma con la primera y acepta las segundas, quedará cerrado el trato.

—Veamos, niña.

—La explicación es ésta: no lo quiero á usted, ni será posible que lo quiera, supuesta la diferencia de nuestras edades, y porque apenas nos hemos conocido.

—Se necesitaría ser muy tonto para no caer en la cuenta, repuso don Arcadio. Pero eso ya vendrá por sus pasos contados; ya me tratará usted y verá como no hace tan mala elección, y quién quita y hasta me quiera con el tiempo.

—Me parece difícil. . . . No me comprometo.

—Eso ya lo veremos.

—A mí lo que me interesa, es no ser falsa, y decir la verdad respecto de mis sentimientos. ¿Está usted conforme, después de eso, en tomarme por esposa? Me caso con usted porque soy pobre y huérfana, y necesito un apoyo; sólo por eso. hablemos claro.

—Lo estoy por ahora; ya después dirá Dios.

—En ese caso esta bien. Vamos ahora á las condiciones. No ha de ser usted celoso, ni ha de andar vigilándome ó recriminándome por esto ó por aquello, porque hago ó porque no hago.

—Como usted tiene temor de Dios, porque se lo han enseñado las madrecitas, no habrá necesidad de tomar esas medidas.

—¿Lo promete?

—Sí, bajo ese "respeto." Que usted se ria, "platique," brinque, toque el piano ó haga lo que quiera... En eso no me mieto. Es usted una criatura, y la edá lo permite.... ¿Ya se acabaron las condiciones?

—Todavía no: deseo que todo se haga pronto, para evitar habladurías.

—¡Haiga cosa! En eso estamos contestes. Es lo mismo que yo quiero; se pedirán las dispensas.

—No olvide el traje blanco, agregó

Paulina, como quien recuerda algo de suma importancia.

—Dispéñeme; de eso no entiendo nada. ¿A dónde tiene uno que ir á comprarlo?

Paulina no supo qué contestar, porque tampoco estaba enterada de ello, pues todos sus trajes eran de manufactura doméstica; mas pensó que si dejaba asunto tan importante á la discreción de don Arcadio, resultaría todo muy cursi y ratone-ro. Y como uno de sus deseos más vivos era el de presentarse ricamente ataviada ante el altar, para inaugurar en aquel punto y hora los triunfos de su nueva vida, no tuvo reparo, después de maduro examen, en contestar:

—Lo mejor será que usted me envíe el dinero: yo me encargaré de mandar hacer y comprar cuanto necesite.

—¡Eso será lo "más" mejor! exclamó don Arcadio, soltando un suspiro de alivio y solaz.

—¡Pero, Paulina! intervino sor Ignacia en tono de reproche.

—¿Qué quiere usted, señora? preguntó la joven con acritud.

—¡Moderación, moderación! repuso la superiora con autoridad.

—¿Que me case sin vestido blanco? exclamó Paulina escandalizada. ¿Sin velo? ¿Sin corona de azahares?.... ¡Mejor no me casaba!

—¡Fruslerías! repuso la religiosa; eres pobre y debes casarte pobremente.

—No, repuso la huérfana enfullinada; si este señor no conviene en ello, no me caso.

Don Arcadio, que había estado observando á sor Ignacia y Paulina de hito en hito durante este breve diálogo, halló más atractiva que nunca á la joven, con el mohín pintado en el semblante y con algo de violencia en los ojos; y al influjo de aquella impresión, y sin poder contenerse, intervino prontamente en la cuestión, temeroso de que la presa se le escapase de las manos.

—Déjela, señora, tiene razón. ¡Son muchachadas y cosas de mujeres!... ¿Como cuánto deberé enviar? continuó dirigiéndose á Paulina.

Calló Paulina para hacer mentalmente la cuenta, y pensó que tantas varas de raso, tantas de punto del más fino, tanto para adornos, tanto para calzado, y tanto para libro de marfil, rosario de concha con engarce de oro, guantes de cabritilla y pañuelo de batista, podría importar tanto; pero temerosa de pecar por carta de menos, duplicó el importe de la suma, y lo fijó en alta voz con increíble desplante, encarándose con el vejete.

—¡Oiga! observó don Arcadio amostazado, ¿conque tanto así cuestan los tra-

pos? Yo "creiba" que era cosa más barata.

—Ni más ni menos, repuso secamente Paulina; si le parece mucho, lo dicho por no dicho.

—¡Sólo eso faltaba! exclamó don Arcadio más y más subyugado por la belleza, gracia y travesura de Paulina; estoy conforme, niña, yo nada digo.

Con esto y algo más que se dijo, y no relatamos por ser de menor interés, quedó concluído el arreglo en su esencia y detalles; y en consecuencia, como no había más asunto que tratar, se despidió don Arcadio para ir á procurar el dinero, haciendo profundas y torpes reverencias. Entretanto, quedó Paulina elevada al séptimo cielo, al ver que comenzaban á realizarse sus ilusiones de independencia, holgura y lujo; y no cabía en sí de gozo pensando cuán bien se vería el día de la boda, ataviada con traje de cola enorme, haciendo visos la seda en torno de su cuerpo, envuelta en amplio velo de finísima malla, peinada con esmero y llevando entrelazada en la negra cabellera la guirnalda de azahares con que tanto había delirado. Y monologaba de este modo:

—¿Qué tal me sentará el traje?... No quiera Dios que la modista vaya á echármelo á perder con bolsas por aquí y arrugas por allá... ¡Eso sería atroz! ¡Como

no se casa uno más que una vez!... O dos ó más; pero sólo en la primera puede uno vestirse de blanco.... ¿Estaré ese día descolorida y ojerosa?.... Espero que nó, porque no me desvelaré la vispera, ni habrá motivo para ello..... Se desvelan las que se casan enamoradas; á mí, por fortuna, no me causa la menor emoción dar la mano á ese señor..... Se la daré como si le saludara; haré de cuenta que le digo: ¿Cómo está usted, don Arcadio?... Y ¿qué dirán mis compañeras al verme tan elegante, y que les cojo la delantera?.... ¡Pobres! Ellas no tienen cuando salir de este pozo.... ¿Y las "de" Dena?.... ¿Vendrán al matrimonio? Yo quisiera que sí, para que me vieran. ¡Qué rabia les dará presenciar mi enlace y verme tan elegantemente vestida!... ¿Cuánto vamos á que ni ellas, con todo y que se las dan de aristócratas, se visten como yo el día que se casen?.... Pero ¡qué se han de casar! agregó encogiendo los hombros con desprecio. ¡Son tan feas y tan ridículas!

Y así, por ese tenor, fueron todos los pensamientos que circularon por la mente de Paulina hasta el día de su matrimonio. No llegaron á preocuparla un solo instante ni la gravedad de la determinación, ni las dificultades del matrimonio, ni la contrariedad de vivir al lado de un hombre á quien no amaba; echada atur-

didamente en brazos del acaso, no quería ver ni reflexionar nada, y hacia mohines de desdén, cada vez que cruzaba por su mente el bosquejo de algún pensamiento serio. ¡Bah! lo importante era vestir un bonito y costoso traje de boda, deslumbrar á todas con su lujo y belleza, tener buena casa, criados, alhajas y cuanto se le antojase; lo demás era lo de menos.

X

Rumores y Paisajes.

El viaje á Tepic de don Teodomiro y sus músicos, aunque lento é incómodo por la mala calidad de las cabalgaduras y el pésimo estado de los caminos, se hizo en medio de una alegría casi infantil y de una gresca perenne, sin que sirviesen de obstáculo al regocijo de los alborotados jinetes, ni los ardores del sol, ni las molestias del polvo sublevado, ni la escasez y mala calidad de los alimentos, lechos y posadas. Tuvieron, además, la buena suerte de no topar en las sendas y vericuetos que recorrieron, con las cuadrillas de malhechores, que por aquellos tiempos infestaban la vía pública con el pomposo título de "pronunciados," ó el franco y descarado de salteadores; para